

textos

libros

hotel finisterre

Ignacio Castro Rey. Madrid, 8 de Mayo de 2012

¿La vida es un sueño dentro de un sueño? Calderón, Shakespeare, Joyce. Perfectamente mundano y solitario a la vez, Hotel Finisterre (Miguel Morey, Círculo de Lectores) es un turbador vademécum de viejas cuestiones existenciales (“Un proverbio vuestro reza que hasta el día de la muerte no pueda decirse de alguien si fue feliz o no”) y también la alegoría política de un régimen de gobierno que, para evitar el miedo a las afueras, lo ha servido todo en simulacros interiores. Llegados a este punto, cuando la vida se confunde con el parpadeo rojo y azul de los pilotos, ¿dónde acaba la realidad y dónde empieza la pesadilla, dónde acaba tu cuerpo y dónde empiezan los espectros?

Aparentemente, deambulamos entre dos estancias, la sabiduría griega de “el perro” (Diógenes de Sínope, filósofo de la secta de los cínicos) y el soliloquio de alguien inmovilizado en una tiniebla azul. La ciencia ficción se mezcla con una atemporal sabiduría y las diatribas propias de un dios de las paradojas. Y esto junto a ironías sobre la organización del espanto que es nuestra cultura pública, este inmenso universo concentrado donde los telespectadores chatean en directo sobre el espectáculo sangriento que siguen en los monitores. El insomnio de la aldea global llueve sobre una mente sin prójimo, anestesiada, mientras los sacerdotes de la opinión se encargan de abrir el fuego de los problemas y diseñar las cuestiones más candentes.

Acuario perpetuo, malestar errante. Un cataclismo borroso ha puesto el calendario a cero, en la condena perpetua de un instante expandido. Cuesta saber de qué va este libro que no es una novela al uso, ni un tratado de filosofía, sino que remueve más bien el limo fronterizo de esas obras que no podrían no haber sido hechas. Tuve tal libro en las manos durante días enteros muy distintos, entre Nueva York, Madrid y Santiago. Y fue curioso comprobar siempre el contraste entre la animación exterior y la belleza helada donde transcurría este interminable rumor interno, teñido a veces de una perturbadora actualización de la mitología griega. Al mismo tiempo, como su abstracción mental transita el envés del teatro mundano, Hotel Finisterre encaja en todos los ámbitos y resulta un excelente libro de viaje.

No es que haya influencias visibles, aparte de los griegos. Es que al cavar el subsuelo mítico de la especie, Morey despierta cien fantasmas, todos ellos angustiosamente familiares. A veces con una especie de transmisión directa de voces coloquiales, se ha labrado un libro tan bien escrito que resulta un poco agotador. Obliga a ir muy despacio, como si la relectura debiera estar incluida en la primera lectura, acompañada a nuestra vida dispersa en distintos horarios que se ignoran. Morey trabaja el continuum del vértigo, el horror de lo continuo. De hecho, no hay ningún título interno que divida al libro, salvo las frases que remarcan el comienzo de cada corte en el fluido continuo de la alteración. Con su protagonista naciendo de nuevo en la planta de maternidad de un hospital, a la manera de Mr. Nobody, Morey desgrana las pocas certezas del exiliado que somos, un “alma encallada entre dos reencarnaciones”. Una ciudad enteramente a cubierto, sin salidas. ¿Eres tú o es el perro que has atropellado? ¿Hay alguien aquí, junto a mí? El sueño falla, comienzan los sueños. Y entonces vuelve la metamorfosis interminable de quien le falta una prueba de la realidad y por ello no puede elegir ni rechazar. Somos tan libres que permanecemos en un limbo de inmovilidad donde todo recomienza de

nuevo.

Pulcritud inmóvil. La crueldad de lo estadístico, el control informático que confunde figuras y fondo, espectáculo y vida. Y un auditorio que se presta voluntario al chantaje. Y la soledad entre la multitud vociferante. Y siempre el miedo a que el ordenador responda: "Usted no existe". Volver a empezar, una y otra vez, cuando todo lo que queda es el hilo de las palabras. ¿Nada hay que esperar, ni siquiera de la desesperación? A veces, no obstante, se da "un punto de beatitud, de paz incluso en esta situación", al ir inventando un alambre de funámbulo en la penumbra.

Relumbre pálido de los monitores, guarismos. Te dices: "retrocede cuanto puedas lejos de todo esto". Pero ¿hacia dónde? Confiado en la hospitalidad de una noche sin sueños, aparecen espectros enfundados que tanto pueden ser un mudo esclavo como un ángel libertador. "Antes fui doncella y muchacho una vez, y ave y arbusto". Se sucede la procesión de todos los nombres de quien ha olvidado dónde está su vida. Pronto sabré quién soy, murmuraba Borges. Aunque, mientas tanto, la identidad se confunde con el decorado: ¿y si tu situación de ahora "pudiera ser el resultado de un apagón informático tan sólo"? Eres un cerebro en una vasija, una oscuridad transitada.

Más que oscuridad, se trata de una cierta fosforescencia verde donde se cumple una anticipación. Un hombre encerrado en sus propias fantasmagorías, como en Johnny got his gun o en Memorias del subsuelo. Atrapado en un claroscuro sin ventanas, el penúltimo hombre organiza un síntoma para defenderte de la niebla, del tiempo lento de lo inexorable. En esta situación, "yo es todo lo que hay". El solipsismo de un punto lacerante novela con el hilo de las palabras su propia anulación física. ¿Cómo despiertan los que no están dormidos? Ni siquiera sabes lo que dura un minuto en esta monotonía casi fascinante.

Por supuesto, premoniciones de Foucault sobre un poder capilar que se confunde con la ingeniería de tejidos en una gigantesca Unidad de Cuidados Intensivos. ¿Deliras o atraviesas escenarios grandiosos? La vida de hoy es un poco fantasmal siempre, pues la ausencia de un trauma seco nos deja sin referentes y nunca sabemos dónde estamos. De ahí este serial olímpico, donde la misma Troya es rehecha, confundido con la duermevela azul de las pantallas. Continuidad de una niebla interrumpida por destellos, que vuelven enseguida a ser niebla, murmullo interior. Concatenación que deja a parecer la singularidad dentro de un determinismo monstruoso.

¿Kafka otra vez? Probablemente, pero no tanto en "el laberinto de pasillos inmóviles, completamente iguales", como en un extrañamiento que surge de los propios nervios, una alienación que se confunde con lo más familiar. Hotel Finisterre nos inquieta también con el posible vínculo entre fatalidad y variación, con una versión un poco siniestra de lo necesariamente contingente.

De ahí el debate sobre la inevitable repetición de lo que ya está escrito. Así como el infinito de los parecidos y las mutaciones, la zozobra de unos simulacros indiscernibles de lo sólido. ¿Ha ocurrido un accidente de tráfico, después de atropellar a un perro, o lo que llamo "yo" son los temblores de ese perro? Voces, ecos, sombras del retiro. Oscilando entre el estruendo de la comunicación masiva y momentos secretos de antigua sabiduría, Hotel Finisterre reinicia el mundo con la sensibilidad propia de un convaleciente. "Despertar con ese estertor en la garganta con el que madruga el gallo". La belleza formal hace más angustiosa la nitidez de las escenas. El pasado, su imaginación, se erigen en recurso de una ausencia de cuerpo. En esta parábola sobre el sopor de los elegidos, la anestesia está fundida con la información, la crisis perpetua del exterior se confunde con el teclado del sistema neuronal.

Diosas yacen en directo con guerreros premiados. Ecos del cuerpo radiante de Lais. Miniaturas en caolín adorable que podrían ser gigantes. De alguna manera, este libro es también heredero del cine y

su posibilidad de jugar con las escalas, los espacios y los éxtasis temporales. Por ejemplo, en ese temor de estar haciendo la vida de otro, de que cada iniciativa corresponda a un guión que ya está escrito, como una copia degradada de un modelo inapelable. Y esto no sólo por la muchedumbre innumerable de las imágenes que se agolpan en el presente de nuestra inmovilidad. El problema podría ser: ¿dónde volver a sentir un soplo de vida real, dónde dar un paso que se salga de este panóptico de una vigilancia sin vigilantes? ¿En qué sentido el pensamiento, como resurrección de lo real, ya ha agotado sus recursos y sólo nos quedan las infinitas habitaciones de la literatura?

El tiempo existe, se ha dicho, para que todo no ocurra a la vez. Pero aquí la tranquilizadora escansión de pasado, presente y futuro se borra en una fluidez donde la psicosis se funde con la neurosis. “Mi vida es aquí, sólo aquí, mi existencia es ahora”. Esbozando un Descartes existencial en el claroscuro de las dudas y el vértigo, Morey le da voz al eco de los “todavía hombres”, la saga de los últimos. ¿Un género humano asustado por la muerte? Quizás peor, asustado por la imposibilidad de distinguir la vida de la muerte.

Nuestra postración clínica le otorga a todas las fantasmagorías la intensidad digna de una aparición. Lem y Orwell: un Gran Hermano para cada cerebro. Y la ciencia ficción como una profecía política de lo que viene. Pero ante todo perduran desde este libro las venerables siluetas de una estirpe asustada que un día quiso ser como los dioses. “Sueños de gloria en los que no cabe más que uno solo”. Por eso lo único que tiene que decirle Diógenes al poder terrenal encarnado por Alejandro el Grande es que se aparte, pues tapa los rayos del sol.